



1986

D. Vicente García Hernández

1

Esta noche vengo como un sencillo trovador (que es el que canta enamorado) a cantar con letra pobre, que yo pongo, pero con música rica que vosotros interpretáis, el pregón a vuestras fiestas de Semana Santa.

Yo soy, en este caso, pregonero de una fe, de una inquieta ilusión, de un nervioso y hasta feliz ajetreo, que vosotros hacéis desinteresado y gratuito menester. Este nervioso y feliz ajetreo es vuestra vocación por conseguir que el Evangelio se haga vida en la calle, bienaventuranza peregrina, luz permanente en las procesiones.

Yo pregono porque hay algo que proclamar, algo hermoso que publicar y que no es conveniente que esté oculto, algo que alabar en público, que esto significa pregonar.

Y ¿qué es lo que yo proclamo y publico y alabo?

Proclamo, publico y alabo a los cuatro vientos que el pueblo de Las Torres de Cotillas y sus gentes han hecho del trabajo un culto, y de la hospitalidad, un templo donde es posible la cercanía amistosa, el abrazo festivo, la mesa que abre perspectivas nuevas de familiaridad y afecto.

Yo proclamo, publico y alabo (es decir, pregono) vuestra fe, de la que habéis hecho un altar para la ofrenda sencilla y plena de vuestra vida cotidiana, que, aunque a veces se presente dura y difícil, vosotros sabéis convertir, con el impulso de vuestra vitalidad creadora, en algo hermoso y fructífero. Sois, por tanto, como el pájaro que vuela, no obstante las acometidas del viento, porque su vocación y su sueño es volar.

2

Y en el vértice de vuestros sueños andan estos días el cómo y de qué manera ha de hacerse este año las procesiones, que son la manifestación simple y bellísima de la religiosidad más popular. Vosotros, mañana, en los días de Semana Santa, diréis al que quiera oírlo que el mundo es una cruz. Y es que son cruces las naciones enzarzadas en guerra, los pequeños rencores particulares donde se cruzan dos odios, siempre tristes e inútiles. Es una cruz la prisa, el trabajo, la mentira de los que pretenden decirse a sí mismos su verdad, desoyendo otras verdades, sin conseguirlo; es una cruz la riqueza y lo es mucho más la pobreza, y hasta la alegría, a veces, es una cruz cuando acaba mezclándose con el llanto; y es una cruz (y parece un contrasentido) un hijo cuando el hijo es pródigo y pierde la ilusión de la vuelta a la casa del padre. El mundo es una cruz.

Pero el mundo es una cruz (afirmación no de llanto, sino de alegría) porque en el mundo hay

hombres. Y no es que el hombre sea una maldición, un barro mal cocido, una angustia sólo o una desesperanza. El hombre es una cruz —y lo afirmo desde mi fe de hombre cristiano— porque en él siempre habita Cristo redimiéndolo. Y esto sucede aunque el hombre no quiera, aunque se muerda las manos gritando que no cree, aunque diga, quizás con demasiado odio y poca objetividad, que Dios ha muerto. Tal vez sea ésta la gran cruz del hombre de todos los tiempos; pero más, la del hombre moderno: decir, tratando de autoconvencerse, que Dios ha muerto, cuando palpa cada día que Dios le aplasta desgarradoramente con su presencia insistente.

Alguien ha dicho que sufrir por no amar es la prueba más palpable del verdadero amor. A lo que yo añado que sufrir por no poder creer es la forma más humilde y más pura de la fe.

3

Y es que la coyuntura más feliz para creer es aquella en que muchos dicen no creer. Entre otras cosas, porque se nota entonces más descarnadamente el dolor, la tristeza y la desesperación por lo que afirman. Es entonces cuando se siente más hondamente la necesidad de la fe. Los que creen sin lucha, sin dudas ardientes, sin descalabros constatados son sólo los bienaventurados. No olvidemos que cada hombre tiene a flor de piel un egoísmo que vencer y un amor que entregar. Entre estas dos fuerzas excluyentes anda el juego casi violento de la vida del hombre. Y no podemos olvidar que el hombre camina más cerca de su egoísmo, de su pequeña hacienda que es él mismo, que del amor, que, por el contrario, es donación, caída en otro, descanso y regocijo en la persona amada.

He aquí, pues, la cruz del hombre y la cruz del mundo: su dolor, su alegría, su quehacer diario, su ciencia y su ignorancia, en las que Cristo está crucificado para lograr su redención.

Donde haya un hombre allí habrá siempre una cruz; y Cristo, en ella, agobiado, sangrante, deshecho de los hombres, esperando resucitar para liberarlo todo tras su glorificación.

Y esto es lo que vosotros, mañana, en los días de Semana Santa, diréis a todo el que quiera oírlo. Vosotros, cofrades, que formáis congregación y hermandad piadosa —piadoso significa el que no es impío, falto de religiosidad, malvado—, vosotros levantaréis, bajo el cielo clemente de vuestras calles, el estandarte de vuestra fe en el Cristo, hecho pura humillación, el Cristo hombre que toma para sí el puesto inicuo de todos los hombres, el puesto de los hombres que matan, que desprecian, que ahogan a los pueblos en tiranía y en mentiras, el bañado todo él en pecado. Pero este Cristo herido por la herida de todos los hombres es el prólogo para la glorificación del hombre.

Mañana, vosotros, en los días de Semana Santa, proclamaréis todo esto. Y es posible que algunos de vosotros, hombres y mujeres de fe arraigada, de fe añeja como las raíces de vuestros apellidos, vayáis haciendo, desde el anonimato de la túnica y el capuchón, para que vuestra plegaria sea oída pero no vista, la oración hermosa del amor por todo lo que Cristo nos enseñó. San Mateo la evoca y nosotros la hemos recitado siempre que hemos creído, con Jesús, que Dios es el padre que conduce de la mano a los que son y se consideran sus hijos. A esta oración la llamo yo hoy “el Padre nuestro de las bellas iniciativas”, y sería así:

Padre nuestro que estás en los cielos.
Iniciando y completando cada día el interminable ciclo de tu amor.
Danos cada día un poco de ese amor,

para poder santificar en nuestra boca tu nombre
y el nombre de todas las cosas que tú hiciste al principio del tiempo,
empezando por el hombre
y siguiendo por el mundo que rodea al hombre,
con el agua,
el trabajo,
el viento,
los hijos,
la ciudad...
concédenos ilusión e imaginación,
y un poco de gracia y sensibilidad,
para iniciar la última etapa de la reconstrucción de tu reino,
que ha venido a nosotros ya,
pero que no hemos reconocido por hallarnos inmersos en mil asuntos particulares,
que nos distraen de este tema general:
como es el vivir en caridad
para que tú, a la vez, vivas en cercanía entre nosotros.
Y que se haga tu voluntad,
la que a veces nos duele,
nos molesta, nos cansa,
nos parece torcida,
aquí en la tierra, tu voluntad aquí en la tierra,
porque allí, en el cielo, ya sabemos que se hace, y es la regla de toda felicidad.
Te pedimos también iniciativa y perseverancia
en la consecución del pan nuestro de cada día,
el pan del sudor,
el que da alegría cuando se muerde, porque ha supuesto un paso más desde el trabajo hacia esa
definitiva meta, que es la resurrección de todas las cosas en ti,
que eres el Señor.
Y, cuando no, cuando nosotros no podamos lograr el pan que nos debiera tocar, porque la injusticia
es más poderosa que el derecho,
danos tú el pan que nos hemos de comer hoy,
y que no nos falte el milagro, de cada día,
para que siga en nosotros la esperanza.
Que poseamos, además, la iniciativa de perdonar
a los que nos deben una explicación por su descortesía,
por su egoísmo terco,
por su mal gusto, expuesto como almendra y centro del progreso,
por sus palabras maliciosas y maledicentes;
una explicación que nunca llega porque falta delicadeza,
pero que hemos de perdonar si luego no queremos sonrojarnos cuando tú nos perdones, tú que
siempre perdonas nuestras deudas;
y no nos dejes caer en la tentación
(porque ésta ya es iniciativa tuya,
asunto que has de arreglar con tu gracia),
en la tentación de la revancha y del desquite,

del ojo por ojo y diente por diente,
la tentación de la desesperanza, que es otro modo de soberbia,
y de las otras mil y una tentaciones que a cada instante nos acechan desde todas las orillas de la vida.

Mas líbranos del mal,
el que nos persigue, nos acosa;
el mal de no creer en tu palabra,
el de considerarnos piezas inútiles en este juego hermoso del amor por todo,
que está llamado a convencer y salvar,
a reconstruir y divinizar el mundo,
aunque nos cueste creerlo, amén.

Ésta es la oración del "padre nuestro de las bellas iniciativas" que váis a decir como peregrinos de la procesión, vosotros, cofrades del llevar a Cristo por las calles de vuestro pueblo, como manifestación de una fe que no se apaga.

5

VIERNES DE DOLORES

Y como una luz intermitente, como un regalo de luz, se nos viene cada año en procesión, sin un lamento en su boca, aunque con todos los gritos del dolor del mundo esculpidos en su rostro, la Madre Dolorosa.

Ella, María, es la imagen cruel del dolor. Ya antes que sucediera, su dolor fue profecía en boca de un anciano justo y piadoso en el que estaba el Espíritu Santo. Simeón —así se llamaba el hombre— había dicho a María:

-Y a ti misma una espada te atravesará el alma.

Una espada, en su alma. Como una raíz de árbol grande entrando y alimentándose de su buena tierra. Así entraba el dolor en el alma modelada por los dedos cuidadosos de Dios para lo que tenía que ser el huerto feliz donde naciera el amor y no la muerte y la tragedia del hombre dolorido. El dolor hecho punta de espada, traspasando todo el alma amante y amada de María.

Todo aquél, por tanto, que, desde su fe o desde su devoción o incluso desde la fría curiosidad, contemple el paso de esta mujer nazarena por las calles del pueblo oirá, olerá y saboreará la aventura amorosa de un inmenso dolor. El dolor por el Hijo ajusticiado y condenado, que además es inocente; este dolor irá metiéndose en el pecho de María, para terminar hundido, como una lluvia de agujas, en su corazón atormentado.

Y tú, ciudadano de a pie, persona religiosa o no, que tal vez estés contemplando pasar de un modo indiferente la imagen de la madre llena de dolor, has de saber que tú también eres parte, quizás, de esa espada dolorosa que traspasa su carne inmaculada. Tú también eres un poco del dolor que la aflige.

Pero sucede que el dolor no es tema para nuestro mundo de hoy. No gusta el dolor, como no gusta la almendra amarga que mordemos. Y, sin embargo, el mundo cada día da una gran cosecha de

dolor. La guerra ciega, el hambre que no cesa, la soledad de tantos, la violencia como mandamiento nuevo son diferentes gritos de un mismo dolor.

Ése es el dolor que va caminando en el rostro de María, llamada la Virgen de los Dolores. Si tú, mañana, cuando estés situado en una de las calles de tu pueblo –Calvillo, Reyes Católicos, Mula o Mayor-, asistiendo al paso lento y suplicante de la Virgen de los Dolores –suplica un poco de comprensión- piensas un instante, al poner tus ojos en el rostro de María, verás todo el dolor del mundo reflejado en ese rostro, como un sol de sangre en el mar.

Pero es que hemos de saber que el dolor es redención y ventana abierta para la purificación. Por eso lo asume María y Jesús, lo hace primavera de luces y brillos nuevos y salvadores en la cruz. El dolor, que nos viene sin sentir, nos redime sintiéndose mucho.

6

MARTES SANTO

Mas, cuando aún se oyen los gritos de alabanza y bendición del pueblo en el Domingo de Ramos, "¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!", el Martes Santo se convierte en pórtico de la gran sinfonía religiosa de las procesiones de Semana Santa.

Aún no ha caído sobre el mundo la oscuridad ni el temblor de la crucifixión del Señor. Pero ya hay voces que piden perdón al crucificado, al que redime, muriendo como un malhechor, siendo así que es el justo entre los justos.

Martes Santo. Vía Crucis. Es decir, camino de cruz. O camino de cruces. Todas las que pesan sobre las espaldas de los hombres.

Tu cruz. Mi cruz.

Tu pecado. Mi pecado.

Y en los labios del pueblo, un grito. Como antes lo estuvo en boca de David, el poeta del arrepentimiento más puro,

"Tenme piedad, oh Señor,
Sana mi alma, pues contra ti he pecado." (Sal. 45, 5),

Y nuestro padre Jesús, el que llamamos el Nazareno, pasará hundiéndose bajo la cruz, porque las lleva todas.

Tu cruz. Mi cruz.

Tu pecado. Mi pecado.

Él, el Señor, con la cruz auestas y maniatado. Como diría Isaías, el despreciado y evitado de la gente, el que no tenía presencia ni belleza que atrajera nuestras miradas ni aspecto que nos cautivase. Pero he aquí que es éste el que atrae nuestras miradas y el que nos cautiva: el humillado y maniatado. Y es que las manos del hombre vienen a ser como el símbolo de su plenitud.

En las manos del hombre toman forma, como buena cosecha de mies y uva, las caricias, los saludos, la caridad toda hecha obra. En las manos se hacen verdad las ideas, los sentimientos, se hacen palpables y claros los impulsos. Por eso no hay gesto más misterioso y salvífico que el del Hijo del Hombre dejándose humillar empezando por sus manos atadas. Pero paradójicamente esta atadura de Jesús significa liberación para los hombres; es decir, al ser él el atado, la libertad había sido liberada.

Mi cruz y mi pecado han quedado atados para siempre con las manos de Jesús; él, camino de la cruz, atado, y yo, libre, no con libertado condicional, sino definitiva, porque es definitivo y eterno su amor.

7

MIÉRCOLES SANTO

Y el Miércoles Santo, el silencio. La imagen del Cristo Crucificado, desde la Iglesia Parroquial de la Salceda, abre la noche y se pone a caminar. Y el silencio se va haciendo a su paso, como la luz al primer parpadeo del alba. Es un silencio sonoro, lleno de ojos arrasados, de bocas que rezan quedas, de murmullos de personas amantes.

Y es que nos hacen falta, con urgencia, con menester de herramienta para el trabajo, islas de silencio, como la de esta noche, para poder realizar el ejercicio saludable y fecundo del pensar y meditar en las cosas trascendentes. Dios, a la vez que amor, es silencio. Pero un silencio vivo y cercano, que arde allí donde se le da calor. Es un silencio que se nos acerca con la fe, que nos llama con la esperanza y nos conmueve con el amor. Un silencio que se nos ha revelado palabra por medio de la locura de una encarnación de Dios en la naturaleza humana.

Yo he visto a Cristo callar ante Pilatos, haciendo del silencio su más extraordinaria defensa; Pilatos, el signo de la más degradante injusticia, el que podía salvar al inocente y no lo salva porque el griterío de los siervos del poder lo envilecen hasta el absurdo del miedo. Cristo, no obstante calla, porque, a veces, el silencio es la más resonante acusación para los que gritan acusando.

Es posible que una procesión no sea nada o que lo sea todo. Pero yo esta noche me quedo con el silencio que va irradiando el Cristo Crucificado, porque de sus brazos abiertos brotan dos fuentes de vida, que en silencio abrazan y salvan.

8

VIERNES SANTO MAÑANA

El Jueves Santo, cuando el pan se hace cuerpo de comida y el vino, sangre para el beber de los que buscan ser familia unida y liberada, ha habido desasosiego, ansiedad, alboroto. La noche del Jueves Santo es noche para la vela expectante. Andan los cofrades inquietos por el detalle, el clavel -¿blanco o rojo?-, la rosa que aún gotea el agua de su frescor. Andan los cofrades espionando su propia obra de arte para que no sea menos que la obra de arte del vecino. Hay una hermosa batalla por la superación.

Y el resultado es el trono perfecto, el paso que causa la admiración de la fe y el sobresalto de la curiosidad. Lo que en cada trono o paso hay no es más que la señal del amor de unas gentes buenas y sencillas que expresan, de este modo vivo y alucinante, su fe en la verdad del Cristo, Hijo

de Dios, que salva.

Y cuando el día es alba, todavía incipiente chorro de luz desde el oriente, aún amanecer impreciso, dan comienzo los desfiles en los que el protagonista es el amor, y el pueblo, vehículo de ese amor.

Se oye, entonces, la trompeta, que suena a grito o a llamada, y el redoblar nervioso del tambor. Y San Pedro se pone a andar sus pasos de duda y fe en el Maestro, pasos terribles de cobardía y arrepentimiento. Y tras él, la figura encorvada y lenta de nuestro Padre Jesús, que lleva sobre sí el ara de su propio sacrificio, el altar de su ofrenda: la cruz.

Y es que una cruz –en lenguaje cristiano y desde que Cristo lo asumiera- es algo doloroso que sucede en la vida, pero que posteriormente conduce al gozo. En lenguaje del mundo, sin embargo, una cruz es un suceso deprimente y una desgracia. Hay quienes intentan sacudirse cada día la cruz que les viene a vestir como una ropa nueva recién perfumada por el jabón. Por eso Cristo la coge y la lleva, aunque doblado por su peso. Y nos dice, con su actitud, que es posible andar con la cruz a cuestas, que es lo mismo que decir que es posible andar con el amor por todo a cuestas, es posible.

Mas, de pronto, como un revoloteo de pájaro asustado, se oyen unos leves y agitados pasos de mujer, que se acercan a Jesús, el vencido, el arruinado. Es la Verónica. En sus manos, el lienzo donde Jesús va a dejar su rostro dibujado con un pincel de sangre y lágrimas, su autógrafo del dolor y el reconocimiento. Como una paloma a punto de vuelo, el corazón de la mujer. Como dos ríos de paz, los ojos de Jesús, que miran y confortan.

Y luego de este suceso, el gran suceso del día: El Cristo Crucificado. No olvidemos que es Viernes Santo y que la cruz hay que beberla y que Cristo, como primogénito que va abriendo caminos de luz y no de tinieblas, la gusta con cólera y, de este modo, la hace materia de salvación.

Y Cristo, que es la palabra que vino a acampar entre nosotros, en la cruz se hace voz, súplica, grito, sed, duda, testamento,...

(Pausa. Suena una música solemne y llena de trágica grandeza, que puede ser el "¡Venid, hijas, secundadme en mis lamentaciones!", de la Pasión según San Mateo, de J. S. Bach. Hay una especie de diálogo entre la música y las palabras de Jesús en su agonía. Sin teatralidad, pero con una sentida vibración interior.)

Jesús.- (Evidenciando amor.) Mujer, ahí tienes a tu hijo....

(Crece la música que había bajado, y, tras unos segundos, vuelve a bajar.)

Jesús.- Hijo, ahí tienes a tu madre...

(Sube la música. Baja.)

Jesús.- (Con dolor, pero sin desesperación.) ¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?

(Música y cesa.)

Jesús.- Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen...

(Música y cesa.)

Jesús.- (Con evidente debilidad.) Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso.

(Música y cesa.)

Jesús.- (Angustiosamente.) Tengo sed...

(Música y baja.)

Jesús.- Todo está cumplido.

(Música y baja.)

Jesús.- (Como un grito contenido.) ¡Padre, en tus manos pongo mi espíritu!...

(Crece la música y funde.)

Y el drama se consumó. Cristo, dando un fuerte grito, expiró, y el mundo, las cosas, los hombres, con un temblor, empezaron a vivir. Una muerte, por toda una vida.

Y el dolor de María se hace representación artística en la Virgen de la Piedad, que sigue al Hijo crucificado. María, al pie de la cruz, con su regazo preparado para ser otra vez cobijo, cuna, albergue del cuerpo sin vida. Ella cubre y tapa lo que la muerte ha desnudado.

Entre tanto, la juventud señala la estela de la libertad. Un brazo en lo alto y un andar firme. Delante va el Señor, abrumado, caído una y otra vez por el peso del fracaso; pero el joven Juan, el evangelista, ha hecho del amor su fiesta de juventud y va tras ese amor para que siga floreciendo la esperanza.

Tú, Juan, el joven, el rebelde por tanto, el maravillosamente utópico, el que semeja un vendaval, no has desertado. Tú nos dices hoy que hubo un amor que se llamó Juan y otro amor llamado Cristo, y que el amor llamado Juan fue siempre fiel al ser que amaba, no obstante el ambiente adverso y la cobardía compartida por tantos.

¿Y qué señalas con tu brazo extendido?

Como ya eres hijo, por testamento de Jesús, señalas a tu madre María, dolorida por tanta pérdida, el camino que Jesús ha andado y el que le queda que andar con toda la humanidad hasta la liberación total. La procesión se cierra con la gracia de la humanidad hasta la liberación total. La procesión se cierra con la gracia de la mujer que, Dolorosa, empieza el camino de la nueva humanidad.

VIERNES SANTO NOCHE

Y en la noche del Viernes Santo, cuando el mundo se ha hecho tiniebla de incomprensión, monte de la Calavera solitario, el Entierro de Jesús. En el Calvario, unas personas atareadas y silenciosas van a realizar el descendimiento de lo muerto, de lo inútil, de lo acabado. Y allí, sobre el monte pelado y frío, en el atardecer que se muere de luz, queda, por fin, la silueta de la cruz envuelta en el sudario, que tremola al filo del aire como una bandera rota de una batalla perdida.

El Cristo Yacente ya está en su cama, y el sepulcro excavado en roca se ha cerrado. La pregunta es: ¿Para siempre?

9

DOMINGO DE RESURRECCIÓN

Dicen que no. Dicen que el sepulcro no se ha cerrado para siempre.

El caso es que hay nerviosismo, carreras cortas, palabras entrecortadas. La resurrección fue un temblor largo y nada solemne en todos los que la vivieron. Fue como cuando una nube de pájaros emprende

el vuelo.

A una agitación sucedió otra, a una duda primera siguió una certeza clara, a una carrera inquieta por llevar la noticia -**EL SEÑOR HA RESUCITADO!**- siguió, asimismo, el gozo de lo presentido.

Vosotros, cofrades y hermanos de las distintas cofradías, lo representáis muy bien en la mañana tensa y expectante del Domingo de Resurrección. Hay un encuentro. La Virgen del Amor Hermoso –ciertamente no hay nada más hermoso que el amor- espera. Otros han perdido la fe, les ha comido la duda. Ella, no. Es la Madre. Es la del vientre florido, que dio a luz al Hijo del Hombre. En su vientre, con un sí, se resolvió la redención. En su vientre empezó a echar raíz el cielo nuevo y la tierra nueva que soñó San Juan, el primero de los apóstoles que vio el sepulcro vacío y creyó.

María, la Virgen del Amor Hermoso, la que anoche fue Soledad, hoy es expectación, y la acompaña su fe. Y esta fe da su fruto. A lo lejos, sobre las cabezas, no menos expectantes de la multitud, aparece, como un río vertical de luz, el Resucitado. Se mueve la marea de la multitud y el Cristo avanza. ¿Qué emoción puede contenerse? ¿Qué ternura evitarse? ¿Qué aplauso, por profano, suprimirse?

No. Que crezca la emoción. Que desborde la ternura. Que estalle el aplauso. Cristo ha resucitado y su Madre –signo de la Iglesia- lo celebra. Ya no hay muerte. Se clausuraron los sepulcros. María Magdalena, que ha ido muy de mañana al sepulcro, lo ha visto. Ella es testigo, con Juan y Pedro. Si para testificar bastan dos, aquí hay tres, y María, la Madre, que ha sido la primera. Y tú y yo, que ahora creemos por ellos.

Que las calles Fernández Jara, D'Estoup, Bolivia, Campo, Sagunto, Santiago Apóstol, Cruz y Mayor, se vistan de fiesta. Que echen a rodar el gozo, que Cristo ha resucitado.